Lo extraño de morir es que no es todo negro, al principio fue esperanzador, pero ahora solo es confuso, puedo pensar y moverme, estoy en una habitación de tapiz rojo, muy parecida a mi estudio, hecha a mi medida, asiento perfecto y cuadros de mi gusto, pero muy lejos de ser este el cielo.

Lo único que he podido hacer desde mi llegada a la muerte es pensar en la vida, era de esperarse.

—¿Es que no hay nadie con quién hablar en este lugar?

—Pues no, estoy completamente solo aquí— Le dije al espejo.

Ni siquiera tengo miedo, algo ansioso tal vez, melancólico como nunca o como siempre, da igual, casi no puedo diferenciar mi muerte de mi vida.

Creo que el infierno era una exageración de Dante y que los demonios los trae cada uno en su maleta al llegar, gracias a Dios el mío no me pincha con trinchetes ni me rebana con alabardas, su forma de tortura es algo peculiar.

Se acerca a mi suspirando y me susurra al oído paisajes hermosos.

Aquella finca en la montaña, allá en mi isla natal, las mañanas tibias y el olor a café, el rocío en las plantas y una voz...la cálida voz...de mi madre.

Era peor que las alabardas, era peor que los trinchetes.

El corazón se me abría en cuatro al escuchar esa vil repetición de su voz, me levanté de mi escritorio y el demonio desapareció.

Un suspiro melancólico, es a veces peor que una llamarada que rostiza.

Nada de fuego, nada de ríos de sangre ni tampoco montañas de azufre.

Pero este no era el infierno, claramente, aunque el cielo tampoco, era una especie de limbo, una habitación, cuatro paredes, un escritorio y asientos cómodos, cortinas de lujo, pero sin ventanas de las que me pueda escapar y una puerta grande y hermosa pero que no puedo abrir, aún me cuesta diferenciar la vida de la muerte.

¿Pero qué pasa con mi cuerpo? ¿Es este mi cuerpo real? ¿será un reflejo de lo que fui? se supone que mi cuerpo está enterrado en el camposanto dónde enterraron a mi padre, dónde ella está enterrada.

Así con solo pensarlo mi cuerpo se volvió transparente y la cortina roja que no tenía nada detrás empezaba a ser soplada por un misterioso viento nocturno.

Las cortinas abrieron solas y el camposanto reposaba debajo de mi ventana, la traspasé y levité por los panteones de las familias de mis amigos y conocidos, levité por las tumbas sin nombre ni flores.

Una tumba de mármol llamó mi atención, me atraía como la luna atrae a una polilla, esta misma lanzaba una luz clara a la tumba, resplandecía.

Me acerqué imaginándome ya lo que estaba inscrito en ella, flores trinitarias estaban reposando sobre el pequeño altar, mis flores favoritas.

Vi mi nombre escrito en la tumba y de las sombras de un árbol torcido mi demonio apareció, se movía con lentitud y lloraba desconsolado, se puso tras de mí y miró mi tumba desolado.

—Aquí estoy, en el final de mis tiempos, el mundo se ha acabado para mí y no soy más que un fantasma en mi sepulcro, presenciando lo que resta de mí, huesos que son los resquicios de un tiempo olvidado, flores que vuelan con el viento nocturno a morir lejos de mí, recuerdos que murieron con mi mente dormida y no son más que carne perdida debajo de la tierra— Lloraba, sopló y el viento se llevó las trinitarias, sopló y las trinitarias cayeron en otra lápida que estaba a pocos pasos de mí.

No puede ser.

No quiero ir.

Pero mi demonio me obligaba.

No quiero ver.

Pero mi demonio me obligaba.

En esta tumba yace Helga H. De Guilles.

Mi espíritu se desplomó y el demonio lloraba, lloraba.

—La muerte también la alcanzó...

Dijo antes de desaparecerse entre las lápidas.

II

La luna se quedó en el lugar exacto todo el tiempo, esperé a que el sol saliera, una hora, dos horas, ocho horas, desplomado en el suelo del cementerio, pero el sol quedó en otros lugares, lugares dónde no podré volver más allá que usando mi imaginación.

Era el único fantasma en el cementerio ¿Dónde se fueron todos?

No pude soportar tanta soledad y decidí buscar calor en la tumba de amada Helga...

La única luz que veía en mis días de vida, lo único que podía con mi demonio, mi cura para la melancolía, eras mucho más que mi amada, eras mi ángel.

El tapiz rojo me encierra, el cementerio se evapora con lentitud y la habitación de antes vuelve a atrapar mi fantasma, la luna quedaba atorada en mi techo, pero cuando intenté tocarla me di cuenta de que era un bombillo.

El calor del bombillo me hizo darme cuenta de que ya no era un fantasma, sí estaba muerto, pero mi carne no era transparente y lo que tocaba no me atravesaba.

El calor...

Lo que más atesoro en esta fría habitación es la luna que me sirve de bombillo, que calientan mis manos muertas, que me recuerdan al mundo de los vivos, que me recuerdan a...

Un verano de mi juventud.

Los recuerdos más bellos pueden encontrarse en las épocas más oscuras, no solo porque recordaba mis años dorados en mi limbo personal sino porque el recuerdo en si fue en tiempos de guerra.

Joven de 21 años recién cumplidos había dejado atrás a mi esposa y mi primera hija para defenderlas de los invasores que pisoteaban nuestra tierra.

Me enlisté y busqué la manera para que me aceptaran en el ejercito ya que alguien como yo, delgado, pequeño y sentimental no era visto como un posible soldado, sino como un futuro muerto, pero demostré que mi valor no residía en mi cuerpo delgado ni en mis temblorosas manos sino en el ferviente deseo de defender a mi país, mi tierra y mi recién formada familia.

Aunque creo que lo dije alguna vez en algún cuento perdido que los soldados que no se acobardan, los soldados que no lloran y los que van a la guerra sin soltar al menos una sola lágrima no son hombres.

Si mataba cerraba mis ojos, tiempos duros para mí, tiempos que nunca olvidé y ahora en la muerte ando vagando en ellos.

Puedo ver el campo de flores, puedo verme caminar con mi buen amigo Kelvin, antes de apenas disparar una bala ya sentíamos el peso de la guerra.

—Tenemos horas caminando y no nos han dado órdenes de montar campamento—Dijo un mi amigo malhumorado.

—Me hubiera gustado haber montado el campamento aquí, increíble lugar.

Kelvin duró unos minutos en silencio.

—¿Por qué siempre haces eso?

—¿El qué? —Pregunté.

—Esos comentarios tan poco acordes a la situación

—Estamos en guerra, pero seguimos vivos ¿no?

—No sé si pueda llamar a esto vida.

—Sea como sea, es un lindo prado.

Kelvin fue mi acompañante en esta aventura, el más fiel de mis amigos de mi adolescencia ahora se batía en el campo de batalla a mi lado, codo con codo.

El sol se dormía, aproveché los últimos segundos de sol ya que en mi limbo lo añoro...

El sol salía y se acostaba, el viento soplaba y soplaba y los pájaros cantaban y volaban, estábamos en guerra pero mientras yo daba balazos mi hija Ana daba sus primeros pasos, mientras caían a mi lado grandes hombres Helga rezaba para que las balas no me impactaran nunca, lo que no sabía era que las balas que esquivaba por puro orden divino impactaban en un compañero desafortunado.

Esperé la muerte en el campo de batalla, juraba que ella me sorprendería y que la historia tan larga de una vida llena de recuerdos futuros se acabaría sin apenas empezar, en la bestialidad de la masacre.

La guerra sacudía el valle y ensangrentaba las flores, pero el sol seguía azotando y seguía ocultándose, la guerra me arrancaba a mis más fieles amigos pero las campanas del pueblo seguían marcando las doce.

Doce de la noche, escuché algo que crujía fuera del campamento, pero intenté ignorarlo ya que estaba muy cansado y pensé que se trataba de alguna vaca perdida.

Cinco minutos no tardó sin ser descubierto un soldado enemigo que quería rebanar a nuestro capitán la garganta mientras soñaba con la añorada victoria.

—NO LO MATEN, NO LO MATEN— Gritaba el capitán, los hombres del pelotón aplastaron al pobre diablo.

Ya sabemos por qué lo enviaron, así como yo era delgado, así como yo era no apto para la guerra.

Su cuerpo y sus pisadas seguro eran más ligeras, andaba descalzo y sin mochila, estaban cerca los enemigos, pensó el capitán, pero seguramente eran pocos y temían a que si atacaban todos juntos no iban a ser suficientes y los aplastaríamos, por eso habían enviado a un solo hombre a hacer el trabajo de diez.

El pequeño hombre se puso nervioso, como si el capitán hubiera escupido la verdad en su cara.

Lo agarraron y lo colocaron frente al fuego, lo golpearon unas cuantas veces más a espaldas del capitán que había considerado innecesario golpear al joven y perdido soldado.

Él no quería decir nada, no sé si guardaba silencio por su patria y su honor o porque el miedo no le dejaba articular bien, así que el capitán que era muy sabio me miró y me dijo —Deberías hablar con él, explicarle lo que le haremos.

No, no lo torturamos ni nada por el estilo, nosotros no éramos salvajes, no tuvimos que preguntarle dónde estaban sus otros camaradas porque como había deducido el capitán estaban muy cerca, los atrapamos sin que pudieran siquiera levantar las armas.

Los capturamos a todos, eran prisioneros de guerra, los tratos nunca van a ser los mejores siendo un prisionero de guerra, eso está claro, pero están los pelotones que abusan con los prisioneros y los que no abusan y nosotros éramos del segundo grupo.

Ya los teníamos encadenados, ya los íbamos a llevar al

campo de prisioneros.

Pero antes me senté al lado del hombre que estaba enfrente de la fogata, golpeado y sangrante miraba el fuego, perdido en las chispas.

—¿Qué más harán conmigo? —Preguntó apenas entendible, sus labios estaban hinchados por un culatazo.

—No más de lo que te hicieron hoy— Le dije mientras le ponía los grilletes —Usted de ahora en adelante es prisionero, siéntase suertudo porque va a vivir en cuanto no intenté escaparse— Le metí miedo, le mostré que en ese instante tenía un arma.

—¿Qué harán con mis camaradas?

—Ya los hemos capturado también.

Noté decepción en sus ojos, la culpa caía sobre él.

Lo miré y me dolió, seguramente habíamos matado a mucho de sus compañeros, era como mirar a un decadente reflejo, como hubiera acabado si hubiera tenido su poca suerte.

Él sabía que la guerra estaba perdida para su país.

Soltó un triste suspiro, sentí algo de culpable satisfacción en su soplido, no valía la pena batallar por la conquista.

Quedó dormido mientras estaba sentado, aún temía a que le cortáramos la garganta, pero su cuerpo no daba para más, estaba tan cansado que cuando lo llevamos a él y a sus compañeros al campo de prisioneros no se despertó hasta que le obligaron a ponerse el uniforme.

Afortunadamente fueron tratados humanamente, según lo que vi, me quitó un peso de encima, eran hombres como yo, cuando abandoné el campo de prisioneros vi mi reflejo detrás del cordón de púas, despidiéndome.

Todos éramos muy jóvenes y todos caminamos entre un camposanto mucho más grande por el que caminó mi fantasma esta noche eterna, era el camposanto de la guerra y muchos fueron perdidos en acción y olvidados.

Ahora que estoy muerto doy gracias por haber vivido luego de la guerra ya que mientras vago por estos valles de muerte no encontré nada más que huesos sin dueño y calaveras machacadas, pero lo peor es que tampoco encontré sus fantasmas.

Las Campanas De Navidad

Me hubiera gustado decir que terminó la guerra y nunca maté a nadie, me hubiera gustado decir que terminó la guerra y no hice nada de lo que aún en mi muerte posiblemente eterna me arrepienta.

Recuerdos por el que prefiero no vagar esta noche, pero yo no controlaba eso.

Mi demonio apareció entre las llamas de la fogata del campamento aquél y me arrastró al fuego, llevándome al quemado recuerdo del pueblo en llamas.

El calor en este lugar no era tan anhelado como en el limbo, era el calor lo que arrancaba las vidas de los inocentes que poco tenían que ver con la guerra ¿Quién inició el fuego? No lo sé ¿Por qué lo inició? Ojalá saberlo, pero estoy seguro de que fue de nuestro bando.

Ese 24 de diciembre nos volvimos de soldados a bomberos y entramos a las casas en las que aún gritaban auxilio, sacamos a cuantos podíamos, iban a revelar nuestra posición seguramente así que teníamos que tomarlos de prisioneros también.

Villancicos sonaban a la lejanía en algún radio abandonado, los gritos se consumían y el cielo se tornó gris, las estrellas desaparecieron y la luna que nunca cambia de posición ni de fase se veía fantasmagórica detrás del humo, ajena y arrogante.

Una iglesia en llamas en la plaza ardiente, no sabía si las campanas eran de auxilio o si eran de simulacro.

Entré con el capitán, esquivamos la muerte varias veces, un hombre en el suelo, de espaldas y llorando parecía estar rezando en voz baja a Dios para que apagara las llamas, el capitán lo levantó, pero el hombre reacio a irse con él se volvió a lanzar al suelo, estaba calcinado, quería morir en su iglesia, quería morir con Dios.

El capitán le propuso salvarlo, pero necesitaba que se pusiera de pie.

No.

Pero por favor, recuerdo que dijo el capitán, las llamas te consumirán.

No.

El hombre era fiel a su palabra.

Intenté levantarlo, pero pesaba demasiado, el capitán intentó ayudarme, pero el hombre nos empujó.

Vamos, dijo el capitán.

...

No.

Prefirió morir.

Subíamos las escaleras para salvar a quién quiera que estaba tocando las campanas...

Pero ¿Quién era esa figura?

No recuerdo un rostro.

No recuerdo más que una silueta.

Vi a un hombre doblando las campanas mientras reía, llevaba uniforme.

Desde la oscuridad sentí que me miraba, el capitán le apuntó con su pistola, pero el hombre seguía doblando las campanas.

—¿Quién eres?

—Nadie realmente

—¿De qué bando eres?

—Ya no recuerdo de cual.

—¿Por qué doblas las campanas en un momento como este?

—Ya es medianoche—Me miró.

La guerra me cambió, me puedo ver regresando con mucho menos equipaje del que me llevé, mucho más flaco y cansado de como me fui, Helga no me soltó por unas cuantas horas y mi Ana no me reconocía muy bien, pero me amaba.

Me despertaba en las madrugadas llorando y sudando, a veces mencionaba unos nombres al azar que cuando Helga me preguntaba por ellos en la mañana ya se habían escapado de mi mente.

Me calmaba llorar por las madrugadas a mis amigos muertos, me calmaba saber que alguien los iba a recordar y aún los recuerda.

Siento el cuerpo de Helga que me abraza.

Me curaba las heridas que la guerra me había dejado, pero las cicatrices que dejó nunca se curaron.

El rostro de Helga, joven, iluminado.

Me miraba a los ojos desde la cama, desnuda, sonriente.

Una cálida brisa pasaba por mi ventana, no recuerdo noches en las que no me daba esa mirada.

Helga.

En la oscuridad de la muerte la busco.

Pero en este cementerio no hay otro fantasma que no sea yo.

—¿Dónde están todos? —Me susurraba mi demonio.

La memoria de sus ojos

Mis ojos no ven más que oscuridad ahora, pero antes veían los suyos, Helga.

Tu muerte y la mía nos han separado, obligado a pasar la eternidad sin tus brazos, obligado a olvidarme de ti.

Quisiera borrar el recuerdo de tu velorio y siempre recordar nuestro matrimonio, olvidar la muerte, ignorarla, pero siempre nos termina atrapando.

Puedo verte, acostada en el ataúd, no quería creer que eras tú, quería dejar de verte, pero no podía.

Quería pensar que era alguien más, pero conozco tu piel, esa piel en la que he vivido toda mi vida, ahora se desgarra de mí y me expulsa al frío.

Caminando por la casa el fantasma de Helga, intento atraparlo pero se me escapa de los dedos, podía verlo cuando vivía pero ahora que estoy muerto sigo buscándolo, ahora que estoy muerto puedo volar libre por mis recuerdos, el cielo azul de mis memorias doradas, pero la libertad no vale nada sin ti Helga.

Mi fantasma triste está destinado a vagar por el

pasado hasta que el tiempo termine volviéndose en recuerdos.

—No podrás volver a verla.

Silencio.

Deberías recordarla más.

La ventana se abrió y el viento de nuestro pasado me arrastró, el día más feliz de mi vida era el destino, en vida quería haber vuelto allá cada vez que lo recordaba, nuestra boda, un momento efímero que he querido mantener como eterno.

Las blancas flores sobre el piso, el rastro de tu vestido puro.

Mirábamos tu belleza cuando caminabas al altar, lentamente te acercas.

—¿Eres realmente tu?

Pero no respondes.

Tus ojos algo malo traían, no eran los ojos que recuerdo, estaban vacíos, estaban huecos.

El altar se volvió gris y las flores se las robó el viento.

—Ojalá poder viajar en el tiempo—Me susurró él.

—NO.

Empecé a gritar, pero nadie se inmutó, el recuerdo seguía reproduciéndose.

—Helga está muerta, es un vil recuerdo.

Las telas se desgarraban y tu vestido se teñía de sangre.

Los rostros se volvían en calaveras y un ruido hizo temblar mi corazón.

Las campanas sonaban.

Alguien las doblaba.

Miré por la ventana y estaba todo en llamas, un hombre me miraba desde la iglesia.

Desperté.

El limbo nuevamente.

¿Es esto un sueño dentro de un sueño?

Dime por favor que no estoy muerto.

Dime que estoy atrapado en mi cabeza.

No quiero estar muerto.

No quiero perder a Helga.

Devuélveme al amanecer.

Tráeme el sol y llévate la luna.

Mi demonio se plasmaba en la pared como una sombra enorme, en silencio, frío, ajeno.

¿Es esto un sueño?

No todas las flores florecen en primavera

Aunque en primavera fue que nos conocimos tengo que admitir que la primera impresión que me dio fue bastante mala.

Por un tiempo lo detestaba.

Su forma de tratar a los ajenos a su grupo reducido de amigos en aquél entonces era odiosa (aunque a veces tengo que ayudarle a interpretar a algunas personas que cree que se burlan de él o intentan

sacarle ventaja) a mí me trató como si estuviese insultándole en la cara, cuando simplemente le pedí permiso en el banco en el que siempre nos sentábamos yo y mis amigas.

—Este espacio no lo compraron ustedes, tengo derecho a estar aquí— Aunque técnicamente tenía razón, nunca le pedí que se fuera, pero él lo interpretaba así.

—Pensaba que eras una persona pensante— Me dijo con una agresividad inexplicable, algo debió hacerlo arder, dudé que había sido simplemente haberle pedido que se moviera a un lado, algo debió haberlo turbado ese día para que estuviese de tal forma, pero yo no pagué los platos rotos de un extraño, empecé a reírme en su cara, lo que lo hacía morirse de enojo.

Un tipo grosero me pareció Leónidas al principio, tal vez prepotente y con toques de arrogancia.

Pero algo extraño pasaba dentro suyo, porque pasó de no verme ni hablarme nunca a saludarme cordialmente y juro que lo sorprendí mirándome una que otra vez.

—No puedo creer que le esté gustando al ardido— Suspiraba con una risa vergonzosa.

Y sí, algo le impactó en ese día que tuvimos ese momento incómodo, me lo revelaría meses después.

—Nadie nunca me hizo ver como me comportaba realmente, simplemente se alejaban u opinaban de mi a mis espaldas, mis defectos eran invisibles para mí porque la arrogancia no me dejaba verlos, necesitaba simplemente un empujón para verlo— susurraba mientras estábamos recostados uno sobre otro mientras mirábamos una película aburrida en el cine, una excusa más que otra cosa, fuimos a ver la película para estar un rato solos, sin los ojos de nuestros amigos.

Me ruborizaba cuando me miraba a los ojos ¿Cómo puede ser tan tierno conmigo? es que no me entraba a la cabeza.

Meses antes, cuando lo detestaba y el en secreto ya empezaba a amarme, recuerdo que estaba ensayando para una obra para el colegio, él se acercaba a mí, se le ocurrió apuntarme y decirme sin contexto alguno.

—Antes de que se acabe este año, serás mi novia.

Me lo tomé de broma claramente, intentando disimular la vergüenza lo ridículo que se veía mirándome con esa seriedad.

—Te amo—Me reveló después de haberme besado por primera vez, mientras estallaban bombas en la película nosotros solamente nos mirábamos.

—Me hiciste una mejor persona— Usaba como un slogan esa oración, me lo decía cada vez que notaba que realmente había cambiado.

Parece como si hubiera sido fácil, como si nuestro amor fue de un momento a otro, pero no, estábamos llenos de dudas al acercarnos y principalmente él no podía mirarme por un tiempo a los ojos.

Llegó el verano y aún no se atrevía a decirme nada, lo sentía y se le notaba, pero las palabras se le quedaban en medio camino, entre la garganta y el pecho.

No todas las flores florecen en primavera, yo me enamoré de él luego de mucho tiempo de nuestro primer encontronazo y tuve que romper muchos muros que él tenía construidos sin siquiera darse cuenta.

—Te amo— Le respondí, lo tomaba de la mano y me recostaba en su rígido hombro, él se acomodó y me recostó en su pecho, su corazón latía con entusiasmo, sentí miedo por un momento ya que su latir era demasiado rápido.

Ahora es mi corazón el que late temeroso, rumores de la guerra traen no más que malas noticias.

Quisiera poder hacer algo más que rezar y esperar.

Poder retomar nuestra luna de miel, poder retomar nuestra vida.

Noches de insomnio sin apagar la televisión, esperando a que pasaran el tan esperado informativo del estatus de la guerra.

Llegado un punto se había vuelto la costumbre, Ana pasó de dormir sola a dormir conmigo, porque, tengo que ser sincera, no me sentía cómoda durmiendo en una cama tan grande y tan sola.

Era en una de esas tardes de domingo mientras miraba televisión con mi madre en el que recibí una llamada.

—¿Una llamada? —Ella miraba el reloj, eran pasada las 6.

—Es domingo, no estoy esperando ninguna llamada ¿Y tú?

—Pues no, pero tómalo, tómalo.

La línea se entrecortaba, era Leo, podía entenderlo perfectamente, aunque a veces se le cortasen oraciones enteras, sabía qué tipo de palabras utilizaba y rellenaba los espacios vacíos con esas palabras ¨encajonadas¨ que siempre usaba.

—¿Estás comiendo bien allá?

—Sí, no tienes que preocuparte cielo, incluso a veces como mejor que allá.

Él se dio cuenta de que lo que dijo no fue muy bonito.

—Oh, disculpa, no es que cocines mal—Lo intentaba arreglar, como siempre diciéndome amor, bella, tal, hoy fue una de esas raras veces que funcionó, lo extrañaba mucho, incluso su torpeza hacía falta en esta casa.

—Entiendo amor, entiendo—Empecé a reírme para no hacerlo sentir culpable.

—¿Y Ana?

—Algo enferma, anoche llegamos muy tarde de su velada familiar en el colegio, tomó sereno y está congestionada.

—Qué pena, quiero hablar con ella.

Miré a ambos lados y no estaba en ninguno.

—Dame un segundo.

Asomándome por el pasillo vi por el portal de su puerta que estaba durmiendo la siesta, fui a levantarla.

Tenía los ojos cerrados con delicadeza y su respiración se entrecortaba por la congestión, las mejillas las tenía rojizas y su pelo rizo le cubría las orejas que asumí que también se habían acolorado.

—Ana, tu papá está en el teléfono.

Abrió los ojos.

Corrió por el largo pasillo y patinó por la sala hasta llegar a la mesita del teléfono, mi madre se asustó por su repentina aparición.

—¿Papi?

—Ana querida ¿Estás enferma? —Pude escuchar un poco su voz.

—No es nada, ya me siento mejor—Mentía— ¿Y tú, cuando vienes?

—Ehm...—Me partió el corazón, sabiendo como le dolía a él no tener a Ana cerca en estos años tan importantes para su crecimiento dudaba en arriesgarle y decirle que llegaría pronto, porque hasta el momento no lo sabíamos, la guerra ya se había alargado mucho pero pronosticaban que se iba a alargar mucho más.

—Tal vez para navidad.

—¡¿Navidad?!—Exclamó con alegría—así que cenaremos juntos la cena especial.

—Correcto, te voy a traer un regalo desd-

Uno de esos soldados groseros que terminé reconociendo su voz lo interrumpió como había hecho tantas veces.

—Guilles, cuelga el teléfono ya, que yo también tengo familia.

Pedí al cielo a que Leo no estallara como suele hacer cuando le faltan el respeto, repito, el hombre siempre lo interrumpía a los cinco minutos de llamada.

Escuché que Leo tomaba aire.

—Es con mi hija de cinco años que estoy hablando, no puedo colgar tan rápido.

—Yo tengo que llamar a mi tía.

—Tu tía puede esperar un poco.

—No me hagas reportar tu comportamiento egoísta, Guilles.

Otra vez tomó aire.

—Ana, ponme en altavoz por favor.

—¿Dónde pongo altavoz? —Dijo mientras miraba confundida la decena de botones.

Mi mamá pulsó el botón.

—Aquí querida, Hola Leo querido, te echamos de menos— Dijo aprovechando.

—Yo también a ustedes ¿Helga me escuchas?

—Sí. —Dije con las manos en el pecho y un dolor en la garganta, iba a dejar de escucharlo otra vez.

…

—Las amo a todas, ya volveré pronto.

—¡Qué cierres! —Gritó el tipo.

—¿Puedes callarte un poco? —Pensaba que Explotó.

Me preocupaba que se peleara, conocía hasta dónde llegaba la poca paciencia de él, era algo que Leo decía estaba en su sangre.

Pero no, no lo hizo.

—Hasta luego —Nos dijo con una voz que se quebraba pero que simulaba tranquilidad.

Cerró el teléfono.

Ana no comprendía bien por qué se tuvo que ir tan rápido, puso el teléfono en su base y se fue a acostar, de repente se volvió a sentir enferma.

Mi madre intentaba mantenerse sin llorar, se estaba quedando conmigo para apoyarme y darme fuerzas, pero notaba que habían momentos, como este, en los que miraba al techo y tragaba con fuerzas.

Estaba muy enojada, pero la tristeza me desalentaba a quejarme, caí desplomada sobre el sofá y varias lágrimas se escaparon a mis mejillas.

Lo extraño.

Unos cuantos dientes rotos

Cerré el teléfono.

Tragué.

Estaba decidido a que no le daría el placer de verme molesto al insensible cerdo al que todos le decían ¨Verdugo¨.

Solo me acerqué para confirmar si es que no tenía nada en ese pecho suyo y que dónde debería estar su cerebro habían telarañas.

—Mi hija está enferma.

No me miraba.

—Tiene cinco años y no olvida mi rostro porque tiene una foto mía.

Tomaba el teléfono.

Quería darle una patada.

Me acerqué a él mientras estaba de espaldas, marcando los números, le arrebaté el teléfono de sus gordas manos, pero Kelvin me detuvo.

—¿Estás volviéndote loco flaquito?

—Vuelve a interrumpirme mientras llamo a mi familia y te juro que te haré tragarte el cable del teléfono.

—¡¿Qué dices?!—Su garganta se hinchaba como la de una rana.

Kelvin empujó con una fuerza tremenda al tipo que lo doblaba en tamaño.

El tipo abrió el guante que tenía por mano y de una cachetada lo tiró al suelo.

Los demás compañeros se abalanzaron sobre el tipo que venía como toro bravo a dónde mí.

—¡Suéltenlo, suéltenlo! —Decía con una valentía estúpida.

—¿Estás loco? te va a matar.

—¡Que lo sueltes te digo!

No hizo falta porque el tipo se zafó de los cinco hombres que lo retenían.

Fue directo a mi como tren de carga.

Sus nudillos se reventaron en mi cara, pero pude aguantar el golpe, un ojo morado, un diente partido, tal vez dos.

Escupí, pero seguía de pie, ya los otros no lo intentaban retener, ahora la valentía era lo que se ponía a prueba.

Golpe tras golpe, no podía esquivar ni contraatacar, no era una pelea era a ver cuanto podía aguantar sin caer, mi nariz puntiaguda ahora estaba encorvada, intenté no gritar, aunque quise, al menos tenía que demostrarle a ellos que tenía buena resistencia, y sí que la tenía.

Mientras era azotado y humillado empecé a pensar formas de poder devolver el ataque, al menos uno, al menos uno.

Cuando te están dando tremenda paliza el tiempo se ralentiza, como si fuera el humor de un Dios sádico, viendo como el suero de miel cae sobre una hormiga despistada y justo ahí, puf, recordé algo que me dijo mi padre hacía unos quince años cuando le dije que me molestaban en la escuela.

—Lo que tienes que hacer es darle una patada en los testículos.

Me dijo mi viejo mientras fumaba y peinaba su pelo cano.

Así lo hice yo, mira mi estatura y siempre salía airoso.

Recobré el sentido y el tiempo volvió a correr con su natural paso.

El Verdugo creo que no llegó a tener descendencia.

Si pudiera intentar describir el dolor que sintió posiblemente sería como si un palo de golf hiciera un hoyo en uno con sus seguramente diminutas pelotas.

Con los cojones en el cuello y la cara colorada, paró de golpearme y se dobló hasta poner su cara contra el suelo.

Pensé en pisarle la cara, pero ya era suficiente.

Me dejé caer sobre mis compañeros que estaban esperando que cayera mucho antes, pero con una sonrisa, me llevaron como héroe al área médica dónde duré 2 días en reposo y con el teléfono a mano.

—¿Cómo tienes tanto tiempo para llamarme? —Me preguntó Helga.

—Han decidido darme estos dos días libres, he trabajado bastante— Decía mientras intentaba buscar en mi nariz retorcida un punto en el que no me viera tan horrible.

Tal vez exageré un poco con mis heridas, tal vez porque quería esos dos días libres para hablar con Ana y darle seguimiento a su gripe, que por cierto mejoró un día después.

Ya cuando estaba de vuelta en acción miraba al ¨Verdugo¨ con una sonrisa pícara, porque sí, yo estaba con la nariz destrozada y uno que otro tic nervioso luego de la golpiza, pero indiscutiblemente gané simbólicamente.

Pero esa pequeña victoria no tuvo una celebración larga.

Una Vieja Pistola.

—¿Sabes cuál es la pistola que nunca se encasquilla?

Preguntó Kelvin un día que estábamos sentados detrás del comedor del campamento, escapándonos del entrenamiento por unos minutos.

Pensé por unos cuantos segundos su pregunta, pero mi atención estaba dispersa en los árboles de fondo, así que respondí sin pensar.

—La colt.

—Para nada.

Sacó de su bolsillo una diminuta pistola, parecía de juguete, me robó la atención.

—¿Puedo? —Le pregunté.

—Por supuesto.

Un símbolo reconocido residía en los costados.

—Beretta.

—Sí, Beretta.

—¿Dices que nunca falla?

—Nunca.

Miré la pistola.

—¿Probamos?

—Adelante.

Fuimos a la galería de tiros luego de retomar el entrenamiento.

Disparé, la ligereza del arma me sorprendió.

—¿Me la puedo quedar?

—Claro que no—Me dejó las manos vacías.

Guardó la pistola en su maleta con recelo, bajo llave.

En un parpadeo de ojos ya era octubre, día 19, tronaba, pero no llovía, como si arriba de las nubes una guerra mucho más grande e importante que la nuestra se estaba librando.

Las botas en la tierra mojada en perfecta sincronía con los truenos, los cuervos tenían su propia formación, sobrevolando sobre nuestras cabezas.

Algo andaba mal, algo sabían esos carroñeros que nosotros no.

Cuando marchas por tanto tiempo tu mente no tiene control sobre tus movimientos, simplemente te dejas llevar por la formación y el ritmo y esos detalles que revelan el peligro simplemente no los puedes percibir.

No se sabe cual de esas botas fue la que dio el paso en falso, pero aquel que tuvo la mala suerte de pisar la mina escondida entre la hojarasca fue uno de los que quedaron irreconocibles.

Por unos segundos quedé suspendido en el aire, con un pitido repentino y agudo que confundía, de no pensar nada pasé a pensarlo todo, esquivé a la muerte una vez más.

Un grito de terror fue la señal para que los cuervos se lanzaran del cielo en picada, listos para darse un festín.

Parecía como si estuvieran esperando a que estallara la mina, nunca había visto tal inteligencia en cualquier animal.

Partido a la mitad intentaba respirar, pero seguramente sus pulmones fueron pulverizados, se quedaba sin aire, aún estaba confundido y ensordecido, pero corrí hacía dónde mi amigo, Kelvin moría entre llantos.

Por unos segundos vio su cuerpo partido, el terror llenó sus últimos segundos de vida y la oscuridad la trajeron los cuervos que le arrancaron la luz de sus ojos, clavando sus negros picos en ellos.

Intenté ahuyentarlos, pero eran demasiados, se alimentaban de su carne roja con celeridad, devoraban sus frutos ensangrentados.

Una ráfaga de disparos pudo ahuyentarlos.

Uno de ellos me impactó en el hombro y caí al suelo al instante, al lado de mi compañero.

Los demás soldados no pudieron hacer mucho más que lanzarse al suelo y esperar a que un milagro ocurriese.

Perdí el conocimiento al caer, me golpeé la cabeza y todo se volvió negro, pensé que había muerto.

En mis adentros los resquicios de mi conciencia lloraban mi caída, alguna bala certera habría perforado mi cabeza fue mi último pensamiento, ya que los susurros de mi mente se hacían cada vez lejanos, siendo sus últimos secretos la voz de Ana detrás del teléfono, irreconocible.

Silencio absoluto.

Oscuridad perpetua.

De repente pude sentir.

No estaba muerte, podía sentir.

Algo taladraba mi cabeza, algo intentaba entrar a mi cerebro.

Desperté.

Abrí los ojos, unos ojos huecos me devolvían la mirada, la muerte me acechaba y un cuervo me picoteaba.

Ambos pensábamos que había muerto, el cuervo juraba que podía iniciar a darse festín con mi carne, pero cuando vio que abrí los ojos, alzó vuelo, como si me estuviera pidiendo perdón.

La imagen viva de la muerte en frente mío, había visto crecer a este hombre, convivido con él toda mi vida, sus ojos me habían visto miles de veces y ahora son sus cuencas sin vida las que me acechan, la oscuridad del rojo de su carne sin piel.

La noche caía y el rostro de mi amigo se perdía en la oscuridad, solo cuando no lo pude ver más fue cuando tuve el valor de levantarme y recogerlo.

Silencio absoluto.

—¿Hay alguien aquí?

Solo el viento respondió.

No quedaba nadie de mi pelotón, sus cadáveres no podía verlos, pero sabía que estaban a mi alrededor guardando silencio eterno.

No podía cargarlos a todos, el único cadáver que pude arrastrar conmigo era el de mi amigo que era mucho más ligero que un cadáver entero.

Llegué al campamento por pura suerte, lo que iba a ser un monitoreo por la zona se convirtió en un festín necrótico, el capitán se lamentó no haber estado presente, se arrepintió de no seguir insistiendo en que debía ir con nosotros, Kelvin le había dicho que no hacía falta.

Ahora lo embalsábamos, era el único cadáver que pude rescatar del pelotón y lo utilizamos como símbolo del pelotón entero, un solo cadáver y diez muertos.

A la mañana siguiente cuando volvimos a esa área no quedaban más que cuervos con los picos sucios y algunas tripas solitarias descomponiéndose dentro de la tierra.

La última vez que Kelvin vio el mar

Dos copas vacías en la orilla de la playa, reposaba sobre mis piernas su delicada cabeza, las olas arrastraban de los mares un susurro fresco.

—Me encanta como te queda el uniforme ¿no te importa que se ensucie con arena?

Cerró los ojos, sonrió.

Me despedía de su pelo recién cortado, lo acariciaba con delicadeza y me limpiaba las lágrimas para que no caigan sobre él.

Dijo con una voz tranquila, sosegada, en paz.

—No te preocupes Virginia, no te preocupes.

La línea que separaba el mar y el cielo se desdibujaba y las estrellas florecían como flores nocturnas, silvestres, ajenas.

Un ataúd cerrado y una caja de cigarrillos.

Leónidas guardó celosamente tu arma favorita, que se volvió en un símbolo de su amistad y un legado para no olvidarte.

Inscrito tiene tu nombre.

Espero descansar contigo, allá, en el camposanto.

Kelvin.

Legado mortífero

Embalsado y enviado en un ataúd cerrado, así regresó de vuelta a su hogar.

Sin amigo, sin consuelo, vi como se llevaban los ataúdes, los restos de mis amigos me abandonaban.

Regresé a los camarotes.

Una cama vacía con sabanas arrugadas, la cama en la que dormía él.

Busqué debajo de su cama y la encontré.

Una maleta polvorienta y sin dueño, y la Beretta que nunca se encasquillaba dentro de ella, solo faltaba la llave que abría la maleta, perdida en la batalla seguramente.

¿Perdida en batalla?

No se habrá llevado la llave a la tumba ¿o sí?

Ya no importaba, debía devolver la maleta a Virginia.

La pistola que tanto amó, me duele dejarla en el olvido, polvorienta, solitaria.

Me recosté en lo que fue la cama de mi compañero.

Imaginándome las piernas temblorosas de Virginia y sus hipidos incesantes.

Helga la sostendría con fuerzas para evitar que se desplome.

Miraba en ella el reflejo de si misma, quería que esta guerra absurda acabase, si se hubiera prolongado más hubiera sido cuestión de tiempo que terminara dando yo aquél paso en falso que dio mi amigo.

Sabanas manchadas con sangre y miel

A veces cuando duermo siento que me estoy ahogando.

Como si la garganta me estuviera ahorcando con tal fuerza que siento que terminará me matando la pena.

En los sueños solo marchaba, marchaba, marchaba.

Marchábamos en línea recta hasta un barranco.

No parábamos de marchar, sin miedo, a la muerte.

Entre sudores me despertaba, intentando respirar.

Ponía mis manos en la garganta y mi cara se acoloraba.

Nadie despertaba.

Estarán ocupados soñando que marchan, solo marchan.

A veces no diferenciaba la realidad del sueño, el día a día era avanzar, lo que cambiaba era el clima.

Me asaba de calor algunos días y me moría de frío otras noches.

Teníamos un ejército de un país pobre, en el que algunos pelotones menores, como el mío, no tenían el lujo de ser transportados por esos lujosos jeeps.

Apoyábamos las líneas principales, pero normalmente eso nos costaba muchas bajas, naturalmente era preferible que cayeran unos cuantos soldados en operaciones no cruciales que poner en riesgo la delantera que llevábamos en la guerra metiendo la pata en una batalla importante.

Llega un punto nuestro pelotón estaba en el 40% de lo que una vez fue en cuanto a soldados, las bajas que sufríamos nos hacían arrodillarnos frente a nuestros enemigos, a veces siquiera teníamos que ganar el enfrentamiento, simplemente retener el tiempo posible al enemigo, ya otros se encargarán de matarlos, mientras tanto nos lanzábamos al suelo y disparábamos ocasionalmente, era confundirlos más que nada.

Pero querían mejores resultados de nuestra línea de apoyo que en palabras de altos mandos, Dejaba todo que desear, así que inyectaron más soldados.

Llegaron al campamento unos catorce o trece soldados más, recién sacados de su caja, niños de 18 años que sostenían las armas con más miedo a disparar que a ser disparados.

Uno de esos distraídos puso sus cosas sobre la cama de Kelvin, llevaba su ropa, sus juegos de cartas y unos libros de autoayuda en una bolsa de cuero, horrible, sucia, vieja.

El Tipo se llamaba David, pero escuché que lo llamaban con el nombre de Wolverine, rápidamente vi por qué cuando estaba leyendo el libro ese de autoayuda, sus uñas eran asquerosamente largas, negras, rígidas.

Ensuciaba la sábana blanca de mi amigo, ponía sus pies (Que también tenía uñas podridas) sin lavar en ella, se reía por las noches mientras leía sus estupideces y se sacudía la nariz con su uniforme.

Una noche me desperté por la madrugada, entre sudores y con mi corbata de manos, intentando destrabar mi cuello, pude respirar luego de medio minuto de recuerdos y alucinaciones febriles y un calambre frío caminó por mi espalda, expandiéndose hasta mi mandíbula.

Algo no estaba bien, pensé.

Un suspiro que no era mío, un suspiro de placer, incómodo, giré mi cabeza y vi al mocoso masturbándose con animosidad, manchando la maldita sabana.

Me levanté de la cama silenciosamente, tomé la escoba que oportunamente reposaba al lado de mi cama.

Tenía una foto de una joven, firmada y besada con rojo, mostrando unos senos tristes, escondidos con timidez, la cara de la muchacha reflejaba un cierto tipo de recato, pero la mía que se acercaba reflejaba odio, asco.

Notó mi presencia cuando golpeé sus testículos, pegó un grito fino y la sabana se manchó de sangre, me miró confundido.

Se cortó el mismo con sus propias uñas con el impacto.

Sacó su mano de la sabana y miró sus manos manchadas de sangre, sintió como se desangraba y gritó desafinado y desgarrado.

—¿QUÉ MIERDA TE PASA?

Le di con el palo de la escoba en la cara.

Todos se despertaron.

Me agarraron.

—¡¿Por qué hiciste eso? ¿Estás loco?!

El grupo de los más jóvenes estaban ansiosos por matarme a golpes, pedían justicia por su amigo y respeto por la juventud, por la intimidad.

Creo que tal vez está de más decir que la foto de la chica (que era novia del tal David) Desapareció, uno de los maniáticos se la robó mientras todos estaban ocupados forcejeando con mi cuerpo, arrastrándome a las duchas.

Querían darse lo más rápido posible antes de que el coronel se despertara.

Uno intentó bajarme los pantalones, yo estaba maniatado y poco podía hacer, pero con fuerzas me doblé y mi boca se abrió para morderle los dedos, para arrancárselos.

Más sangre, se deslizó por el drenaje.

Me golpearon con el palo de la escoba justo dónde yo solía golpear.

Seguramente mientras todos estaban haciendo fila en el baño para patearme y desquitarse o entretenerse el pervertido que robó la imagen de la pobre chica estaba manchando otras sabanas.

—Eres muy abusador ¿no? Muy valiente con los nuevos—Dijo uno de mis antiguos compañeros, habíamos peleado contra los enemigos codo con codo, pero ahora yo era su objetivo.

Pude sentir el mismo dolor que El ¨Verdugo¨ sintió aquel día que le llevé los cojones hasta el cuello, pero intenté no gritar, solo me dejé caer al suelo.

El reloj sonaba, tenían que darse rápido antes de que él llegara, el hombre temido por todos, el coronel.

Se podía escuchar como salía de su dormitorio con celeridad, me pateaban con fuerzas y me escupían en el rostro, terminé rindiéndome y acepté, por suerte fueron solo golpes.

Entró Valdez.

Todos estaban en sus camarotes, descansando, confundido empezó a buscar anomalías en la habitación.

—TODOS DESPIERTEN.

Gritó.

Todos se formaron.

No dijo nada, solo los miraba.

—A ver sus manos, Señor Pérez.

Pérez con temor las levantó.

Llenas de sangre.

Valdez no reaccionó al momento, estaba intentando mantener la postura, la disciplina, quería proporcionar castigos de soldado, ponerlos a correr, a entrenar, hacer lagartijas, pero la ira lo hizo salir de la línea.

—Hijo de la grandísima puta—Dijo mientras lo levantaba del suelo con esa fuerza tan temida—¿A quién le hiciste eso?

Pérez miró a la nada, no quería que sus compañeros lo vieran como un chivato, pero obviamente su cara revelaba que temía a que le destruyeran la cara a patadas, simplemente dejó de pensar.

—¡Que me digas, coño!

Silencio.

Un golpe, un diente volando.

—DIME

—G-GUILLES.

—¿GUILLES?

Lo soltó y Pérez cayó al suelo, buscando su diente debajo de su cama.

Valdez miró alrededor y notó que no había nadie delante de mi cama.

—¿Dónde está?

Nadie respondió.

—¿DÓNDE ESTÁ? ¿ACASO LO MATARON?

Silencio.

El mocoso empezó a llorar, mientras se llevaba ambas manos a la entrepierna miró con miedo a Valdez y dijo con una voz quebrada, llorando como si el Coronel fuera su madre —Está en las d-duchas.

El Coronel Valdez le dio una cachetada.

Eso fue lo último que escuche, el golpe seco de la mano gruesa y peluda del Coronel, arrancándole lo pendejo de su cara, bienvenido al cuerpo, carajo.

Me desmayé.

Me levanté del suelo.

Las paredes estaban rasguñadas, los cuadros estaban doblados y la mesa estaba de cabeza.

Había destrozado mi limbo.

Estaba de vuelta en aquel lugar

La sombra de mi demonio se alargó de la pared hasta el suelo.

Se sentó a mi lado.

—Los recuerdos son tan vívidos, como una película que se reproduce en mi cabeza, parece un sueño, detalles y olores los recuerdo con claridad, pues ahora en la muerte no hay nada que recordar, pero aunque busque en mi mente siempre queda algo por encontrar y es mi fallecimiento mismo lo que no puedo rememorar...

Había olvidado como había muerto.

Pero volví a casa ¿no?

Tendré que hacer memoria, lanzarme al suelo y cerrar los ojos, que mi vida pasada vuelva a mí y descubrir como finalizó todo.

Una luz y una cara arrugada que me vigilaba con ira.

—Por ahora te has salvado Guilles, pero cuando estés de vuelta voy a ponerte a correr por todo el campamento conmigo sobre tu espalda.

Puso su mano sobre mi pierna con malicia, estaba rota y no tardé en notarlo, aullaba de dolor.

La pistola que nunca se encasquillaba

Las noches en la enfermería eran silenciosas.

La ansiedad brotaba desde mi estómago y rozaba mis pulmones, perdía la respiración por unos segundos.

Tomé aire.

Miré al techo.

Si cerraba los ojos podía escuchar muchas cosas interesantes.

Susurros que daban los soldados mientras soñaban.

El lloro del Coronel Valdez, intentando ponerse firme para la mañana siguiente.

Las alas que se batían en la oscuridad por los misteriosos rincones oscuros del bosque.

Los disparos del futuro que destruirían a mi pelotón.

Las explosiones del pasado, llevándose a mi mejor amigo, arrancándolo de la tierra y hundiéndolo al subsuelo.

Los cuervos saliendo de esos oscuros rincones a buscar su carne desparramada por el valle.

Si me concentraba bien escuchaba sus picos masticando.

Intenté hacer ruido, pero estaba mudo, el silencio de la noche era atrapante y me encadenaba a los pensamientos.

Pude ver con mis oídos una llave que caía al suelo.

Una llave que di por perdida aquél fatídico día.

No podía creerlo, era tan tonto para verlo.

Kelvin se reía de mi desde la tumba.

Había guardado su preciada llave detrás de su almohada y la intranquilidad de David la sacó de su escondite.

Una idea tentadora era susurrada desde el otro lado de la enfermería, en un espejo mi demonio me miraba.

—Nunca fallará un disparo.

—El silencio será eterno—Respondí.

—Arrástrate.

Me tiré al piso y empecé arrastrarme.

Con sigilo pasaba debajo de las camas de los soldados, algunos roncaban y otros lloraban, podía escuchar sus sueños y sus terrores, la muerte sonaba dentro de cada uno, un reloj que se aceleraba cada segundo.

Ahí estaba.

Resplandeciente, dorada.

La luna se reflejaba en ella, la bella llave, llave del cielo.

Abrí la caja de pandora, dónde se encontraba esa Beretta divina.

Cabía en la palma de mi mano, increíble.

Recordé aquel día detrás del comedor.

—¿Me la puedo quedar?

—Claro que no.

—Probémosla.

Me arrastré devuelta a mi cama, en la enfermería.

Una pesadilla ronda por la casa

Escuché un grito desde la otra habitación.

Me alerté y me levanté al instante, venía desde el cuarto de Ana.

—ANA, ANA.

Mi madre que se había quedado a dormir conmigo para calmar mi ansiedad abrió los ojos como platos y me siguió hasta la habitación de la niña.

Abrí la puerta que estaba llena de dibujos y calcomanías.

Vi a la niña de pie, mirando a la ventana, murmurando.

—¿Ana?

No respondía.

—¡¿ANA!?

Mi madre me miró aterrada.

Lentamente caminaba hacia ella, parecía haber sido poseída, parecía que se perdía en algo, pero cuando le toqué el hombro no respondió más que con un quejido.

—Está sonámbula.

Lo heredó de su padre, sus sueños locos y su sonambulismo me aterraban.

Ella murmuraba, volví a tocarle el hombro, no despertaba.

—Agítala.

Lo hice y se despertó.

Confundida, estaba mirando a la ventana, al parque.

Lágrimas caían al suelo.

—¿Qué soñaste?

—No recuerdo...

El tiempo y el polvo.

Miraba el arma.

Ella mi miraba de vuelta.

Resplandecía, como dije, me hipnotizaba.

—Será rápido.

—No quiero hacerlo, tengo que llegar a casa para navidad.

—Tienes que hacerlo, no volveremos a casa si no es en un ataúd, así como Kelvin.

¿Estoy recordando mi muerte?

¿Es así como morí?

¿Con la luna resplandeciendo en la pistola?

¿Con las manos sudadas?

—No quiero hacerlo.

Pero las manos salieron del espejo.

—Lo haré por ti.

—Suéltame.

Intenté quitarme mis manos de encima, pero antes de darme cuenta ya tenía la pistola en la cien, apuntando a mis memorias.

Me hubiera gustado decir que no fui yo quién jaló el gatillo y que fue el yo del espejo, pero es obvio que ese tal demonio, ese yo del espejo es solo la parte de mí que se oculta detrás de mi oreja, susurrándome mis pesadillas.

El gatillo.

Mi dedo engurruñado.

Halé y di un brinco.

...

Se encasquilló.

Miré dentro del cañón.

Lleno de polvo.

El tiempo pudo con él, sin cariño la Beretta había sido olvidada en la maleta.

Me puse la pistola en la cien nuevamente.

No fallará dos veces.

Pero...

Me hizo falta valor para disparar otra vez.

No recuerdo mi muerte.

Aún.

Una mirada al abismo

Mi pierna no sanó, pero podía seguir, debía seguir.

Las lunas pasaron, de caminar sobre hojarascas a marchar contra el viento invernal, rumbo a aquel pueblo de mis memorias, rumbo a ese incinerado 24 de diciembre.

—¿Qué haces sentada ahí Ana? —Preguntó Helga al ver a la niña esperando esperanzada en la acera.

—No pierdas el ritmo Guilles. —Decía el Capitán Smith.

Mi pierna a veces fallaba y entorpecía al pelotón.

—Estoy esperando a Papi.

No lograba alcanzarlos, era muy lento, empecé a cojear.

—No creo que vaya a llegar hoy. —Suspiró ella.

—Por todos los cielos, alguien que asista al anciano. —Dijo él.

No estaba ahí, pero así debió haber sido.

Ana se habría quedado en la acera, Helga también, esperando a que llegara a casa antes de la cena.

Ya estaba oscureciendo y podíamos ver una luz brillante al final del valle.

—¿Fuegos artificiales?

—Es una fogata, es hermosa.

—No lo sé, es demasiado grande.

—¿Qué será?

—No lo sé

—¿Alguien tiene alguna idea?

—Será mejor seguir caminando, lo descubriremos al llegar.

Un humo negro subía al cielo estrellado, un náufrago pidiendo ayuda a Dios, perdido en este mundo de caos. ¿Quién iba a salvar a los aldeanos? ¿Jesús bajará de las blandas nubes y apagará las llamas? ¿O seremos nosotros? mortales arriesgándose para salvar su pellejo de las llamas de la muerte, salvar a los que se puedan y recordar a los que se quedaron atrás.

—Más rápido Guilles, más rápido.

Recuérdenme, porque aquí me llega la hora.

Unas campanas a la lejanía marcaban las doce y Ana se acostaba entre lágrimas, no se dormía temprano para ver al tal señor de la navidad, esperado por los niños, solo quería que al despertar el regalo la estuviera esperando detrás de la puerta, ese señor misterioso que solo veía en fotos y detrás del teléfono, elegante como siempre lo soñaba, elegante como su madre decía, pero desconocido, ese hombre que se convenció a que amaría para toda su vida, su padre.

Un grito destrozaba mi corazón, un último aliento manifestado en desesperación, detrás de la ventana veía la muerte de una pobre mujer que fue alcanzada por la mano caliente del diablo.

—Tenemos que salvarlos.

La misión se fue a la mierda, cambio de planes, nos podía costar el objetivo, al tipo que buscábamos, pero si no lo he mencionado es porque hay cosas más importantes que quitarle la vida a un enemigo de un estado.

Me apoyé de mi pierna herida para patear la puerta con la sana, me dolió.

Entré a la casa en llamas.

Unos ojos me observaban tras el mantel de la mesa, aterrados.

Me acerqué.

—No te acerques.

—Tengo que ayudarte.

—No necesito tu ayuda, Leónidas.

No recordaba esta parte.

—No debes recordarla—Dijo la voz fantasmal tras el mantel.

Leónidas me miraba con gran terror, su muerte era jactante, una obra de arte.

Me revelé, saliendo de las sombras.

Deslizándome me acercaba, como serpiente a madriguera, vi mi presa encerrada en su mente, tomé un respiro y escupí fuego sobre su rostro.

—¿Quién eres?

Dijo en sus memorias, confundido.

No tengo nombre, no tengo nación, existo desde que los astros fueron formados en el vientre de Dios, soy un reflejo tuyo, al que temen los hombres, pero al que claman en la noche.

—¿Vienes a llevarte mi alma? ¿Podré salir de este limbo eterno?

—¿Prefieres acaso las llamas que a tus recuerdos?

Calló por unos segundos.

Las luces se apagaban, el fuego se apaciguaba.

El demonio interrumpe mis memorias ¿es la muerte eterna la que me salvará de este martirio?

Preferir morir eternamente a que vagar por mi mente hasta el final del tiempo, no, debe haber otro lugar, detrás de esa puerta trabada en el limbo, esa puerta grande, bella, blanca.

—¿Acaso no existe el cielo?

Me preguntó el soldado desde la desesperación en la que la guerra lo había sumergido y ahogado.

—Es este el cielo.

No podía creer lo que decía, el diablo es mentiroso, no era cosa extraña.

—¿Diablo me llamas? Es a tu creador a quién le hablas.

—Debe ser una confusión o una maraña oscura, déjame ir y seguir recordando mi muerte.

—Esta es tu muerte.

—No.

—¿Acaso no lo recuerdas? moriste al intentar salvar un niño que estaba debajo de una mesa, un niño que murió contigo.

—¿Y el hombre de las campanas? Aquél que tocaba mi final existe, pues yo lo vi.

—Es una mera ilusión que yo mismo injerté en tu pensamiento.

En ese momento las campanas volvieron a doblarse ante la luna que nos miraba desde el cielo de forma arrogante.

—¡SAL DE ESA CASA LEONIDAS! —El capitán daba la orden con una voz temblorosa —¡Sáquenlo! ¡sáquenlo!

Me arrastraron de las llamas.

—¡¿Qué crees que haces?!— Me miraban desde arriba —¿Acaso quieres morir?

Vi el rostro del capitán Smith como una delicada estatua, pero sucia, cansada.

Negué con la cabeza.

—¿Puedes levantarte?

Me puse de pie.

—¿Me escuchas?

Asentí.

—Sígueme.

Seguía al capitán Smith y a unos cuantos hombres por el pueblo encandelado, arrancábamos de las manos del diablo a cuantos podíamos y rezábamos por los que pudo atrapar para que los suelte y libere su alma con el humo negro que se elevaba al cielo...

Las campanas.

—No te detengas—Me dijo Smith.

De repente veía los cuervos volando a mi alrededor veía al diablo detrás de las ventanas, observándome por las cortinas traslucidas, caminaba junto al Capitán y escuchaba las botas de Kelvin que no me abandonaban, oía unos cantos infantiles por una voz que quiero escuchar, Ana retumbaba y en mis memorias, El Verdugo caía al suelo junto a Daniel y por último los espejos se quebraban, explotaban.

—No te desconcentres.

Smith me llevaba al campanario, dónde moría.

Smith me abría las puertas al cielo.

Entramos a la iglesia, se estaba quemando desde adentro.

El padre estaba en el suelo, no quería que lo salváramos.

—Vamos, por favor señor, levántese—Dijo Smith.

—No.

—Por favor señor, se va a quemar.

—Dios no lo dejará.

EL CAMPANARIO

Subí los innumerables escalones cojeando, Smith se adelantó y me gritaba que lo siguiera, algunos escalones estaban viejos y se partían por la presión de las botas.

—Esto se está derrumbando—Dije.

Smith no decía nada.

No quería dejar a ese hombre que tocaba las campanas allá arriba.

—No te quedes atrás, falta poco, vamos, vamos.

—Ya voy, ya voy.

Aquí arriba el humo negro se disipaba.

Aquí arriba el viento podía apagar cualquier fuego que incendiase el campanario, pero sus cimientos se tambaleaban.

Las campanas no sonaban desde acá.

El tiempo se ralentizaba y ahí estaba el celaje extraño.

Smith le apuntó.

—¿Quién eres?

—Nadie realmente. —Respondió tranquilamente.

—¿De qué bando eres?

—Ya no recuerdo de cual.

—¿Por qué doblas las campanas en un momento como este?

—Ya es medianoche—Me miró.

Smith bajó el arma.

—El mundo se está quemando ahí abajo, tienes que bajar de aquí.

—Bajar de aquí no puedo, pero puedo observarlos desde las nubes y avisar con mis campanas cuando sea oportuno.

—No tengo tiempo para tonterías, si no quieres bajar te bajaré a la fuerza, no te dejaré morir aquí—Decía Smith valiente.

Pero la figura no hizo más que reírse tranquilamente, la valentía de Smith lo enternecía.

El silencio se hizo.

Los ojos del celaje se encendieron como luciérnagas en la oscuridad y se escabulleron en el alma de Smith, mirándolo también a sus ojos grises.

El campanario temblaba, pero ninguno se inmutaba.

—¡Smith, Smith! —Tenemos que bajar de aquí, le dije.

Pero no me respondió.

Los ladrillos salían volando por los aires y Smith seguía mirando a esa figura, hipnotizado.

El suelo se caía.

Smith y yo estábamos cayendo por el campanario, miraba el suelo desde mi infinita altura y no dudaba en que había encontrado el momento de mi muerte.

Pero me puse de espaldas y vi a Smith que no caía.

Los ojos estelares que veía desde el cielo me miraban profundamente.

Un resplandor iluminaba la habitación del limbo.

La puerta grande, blanca, se abría...

Yo caí y me desplomé en el suelo de la iglesia, al lado del crucifijo y debajo de los clavos de Jesús, sangraba sobre mí.

Mi pierna ya no me dolía.

Me levanté del suelo del limbo y fui a la puerta...

Traspasé la puerta y empecé a quedarme sin aire...

No podía respirar, me ponía mis manos en el cuello...

Cerraba mis ojos...

Mi corazón palpitaba como tambor.

Mis manos temblaban.

Mis piernas se aflojaban.

Una voz me llamaba.

—Leo, Leo.

Me tocó el hombro.

Desperté.

...

Un movimiento en la oscuridad guiado por el son del viento, unos columpios que se mecían solos y unas cuantas hojas que se desplazaban por el parque.

Me tocó el hombro otra vez.

¿Sonámbulo de nuevo?

La miré, me miró.

La besé.

Sus labios cálidos me hicieron llorar.

—He tenido la peor pesadilla de mi vida.

De repente mis recuerdos se esparcieron como pólvora, no lo había soñado, lo había vivido, lo había muerto.

Lo ví todo, lo he visto todo.

Un Deja vu retuerce mi cerebro, una sensación de pánico acalambra mi cuerpo, me miro al espejo.

Mi demonio, me sonríe, él sabe lo que pasó, él sabe lo que pasará, pero yo ya me estoy olvidando, abrazo a Helga, mi mente vuelve a blanco, siento calma.

—Te amo—Le dije.

—Yo también te amo—Pero tu sonambulismo va a asustar a la bebé, no quiero que se despierte, ha sido muy difícil hacerla dormir.

La pequeña Ana descansaba en su cuna, sus puños que casi siempre estaban apretados por fin se soltaban y su ceño fruncido se calmó.

Volvimos a la cama y cerré los ojos, con algo de miedo, no recordaba la pesadilla, pero no planeo volver a ella, así que abracé con fuerzas a Helga y cerré los ojos con igual de fuerza.

Periódico en la puerta

Lanzaron el periódico a las 6 Am contra la puerta, lo sé porque me asusté al escucharlo.

Caminé por la casa semi-despierto y fui a la cocina a preparar el café.

Era cuestión de tiempo para que Ana se despertase a que sus gritos destruyeran la sensación de silencio tan placentera.

El olor del café subía y el sol con él.

Pajaritos se posaron en la ventana de la cocina.

—¿Trajeron noticias para mí?

Me cantaron un poco y volaron de vuelta al árbol seco.

Un grito esperado despertó a Helga, aún con mis esfuerzos para calmarla rápido.

—Ven, ven, tú no sabes—Decía Helga con un ojo cerrado, aun durmiendo.

La niña hizo silencio al segundo.

Estas dos se llevarán muy bien.

El café servido, la mesa hecha, el desayuno listo y la televisión encendida.

Pasaban algunos comerciales requete-repetidos que tenía miedo a que uno de esos fatídicos comerciales se vuelvan en las primeras palabras de Ana.

—Compre Adimax, para el dolor de espalda, cadera, bíceps, tríceps, bla bla bla bla—Una voz muy grave y potente haciendo un documental tan pendejo.

Abrí la puerta y el periódico que me había despertado estaba ahí, esperándome.

Unas palabras que tenía impresas llamaron mi atención sobremanera...

GUERRA.

—¡¿GUERRA?!

—¡¿Qué?!—Gritó Helga desde la cocina.

Todos los vecinos gritaron lo mismo.

La bomba había caído, la noticia era la bomba, todos hablaban de eso, algunos lloraban a escondidas y otros más perversos fantaseaban con marchar sobre los uniformes rojos.

Me preparé para el trabajo, pero mis manos me temblaban, la corbata no me la pude poner por los nervios, me la puso Helga.

Todo el camino a la escuela tenía esa palabra en mi cabeza, guerra, guerra, guerra.

Llegué y me dirigí al salón de los maestros, el mismo periódico que estaba en la puerta de mi casa estaba en el centro de la mesa.

Ya divisaba quién lo iba a tomar con nerviosismo, quién lo iba a leer en voz alta, quién iba a pensar en esa palabra igual que yo, todo el tiempo, guerra, guerra, guerra.

Kelvin.

Entró por la puerta y me miró.

No dijo nada, vio el periódico y lo consideró oportuno.

Me señaló la portada.

—¿Ya viste?

Asentí con la cabeza.

—¿Qué haremos?

Pensé en Ana, pensé en Helga.

—Me quedo aquí.

—No puedes quedarte, van a invadir al país.

—Otros pelearan por mí.

—Tu pelearás por otros, por tu familia.

—¿Estás seguro de que quieres ir?

—No quiero ir, pero debo ir, tú debes ir.

—Lo voy a pensar.

—Sé que no lo harás—Salió del salón de maestros hasta su aula.

Dejó el periódico en la mesa, lo tomé, lo leí.

Cerré los ojos.

Fue difícil explicarle a Helga, no dijo nada, no me habló por tres días, lloraba en silencio, me estaba velando y siquiera estaba muerto.

—Voy a volver pronto, es por la patria.

Se quedaba en silencio, pero me decía todo.

—Es por Ana...

Me miró con furia.

—¡¿Por Ana?!

Tomó aire.

—¿Crees que es bueno para ella que la abandones? piensa en ella, apenas tiene meses de nacida, no puedes irte a la guerra, ella necesita un padre.

—Ella necesita libertad —Dije con firmeza, pero me aliviane luego—Además, volveré pronto, puedes hacerlo mientras no estoy, ella no se recordará que me fui cuando sea mayor.

—Ella si lo va a recordar y yo también. —Decía mientras me dejaba solo en la sala, mojando la alfombra con sus lágrimas.

Dudé.

Pero Kelvin me animaba a hacerlo.

—No te puedes quedar aquí, tienes que ir conmigo.

—Kelvin, déjalo, tengo familia.

—Y yo tengo a Virgina, ella es mi familia, lo estoy haciendo por ella, no por nadie más ¿Crees que quiero ir para matar gente? No —Se levantó del banco del parque—Lo hago porque es deber, lo hago porque no dejaré que pisen mi tierra —Sacó un cigarro de su bolsillo y me miró, me ofreció con la mirada pero me negué.

—Será mejor que te decidas y te enlistes—Dijo antes de despedirse.

Una noche daba vueltas en mi cama, no podía dormir, pensaba en los invasores, en la guerra, en política, en mi familia, en mi hija.

Me levanté de la cama y empecé a dar vueltas en la habitación.

—Si vas a estar rondando, vete a la sala. —Me dijo Helga que aún seguía enojada conmigo.

Salí a la sala y empecé a dar vueltas al asunto, sí, no, sí, no, sí, no.

Hasta que no esperé a que el periódico golpeara mi puerta y llevarme las manos a la cabeza al ver que ya estaban aquí, así que salí por la puerta con pijama puesta y fui a enlistarme.

NO.

Me dijeron al instante.

—¿Por qué?

—No tienes el tamaño.

—Tampoco la fuerza.

—Tus brazos son débiles

—Van a matarte fácilmente

—No te vemos como un futuro soldado.

—Te vemos más bien como...

—Un futuro muerto—Dijeron al unísono.

—Por favor, déjenme luchar.

Me ignoraron.

—Siguiente— pero no había nadie detrás de mí.

El hombre bajito me miró retador.

—Dije siguiente, quítese del medio.

—Pero aquí no hay nadie.

—Quítese y ya está, vaya a su casa a vivir su vida plena, disfrútela, puede ayudar al ejército de otras formas —Me miró fijamente—Como donar a la causa.

Estaba en pijamas, no tenía bolsillos.

—Disculpe.

—Váyase.

Kelvin aceptado.

—¿Así de fácil?

—Claro, es rápido—Decía mientras se sentaba en el sofá—¿Y tú cuando vas a enlistarte?

—Pues...

—¿Pues...?

—No me aceptaron.

—¿Cómo? ¿Qué?

—No me aceptaron, así como lo escuchas.

Me miró incrédulo, seguramente pensó que me acobardé.

—A todos los que conozco que se han enlistado lo han aceptado.

—Bueno, no a todos.

—Espera ¿Lo dices en serio?

Miré abajo con pena, pero terminé asintiendo.

No me imaginaría que del otro lado de la pared Helga estaba escuchando todo y bailaba de alegría porque no fui aceptado.

—Eso creo que puedo resolverlo.

Paró de bailar.

—¿Ah sí?

—Será algo de trampa, pero bueno, tengo un amigo que puede ayudarnos.

—Perfecto, adelante.

Rápido como una centella Kelvin volvió a la casa con un papel con una firma que tenía escrita ¨aceptado¨.

—Pues bien, señor Guilles, usted está oficialmente dentro del ejército.

—¿Guilles? ¿Y ese apellido tan raro?

—Es parte de la trampa, cuando te deniegan tu apellido queda guardado para siempre, para que no puedas volver a inscribirte.

—Qué horror ¿esto es ilegal?

Le dio una calada a su cigarro —Sí, mucho— da una palmada seca en mi espalda —Felicidades, estás dentro del ejercito.

—Oh.

Hablamos por un tiempo sobre política, lo invité a cenar pero Virgina ya lo estaba esperando.

—Ya son las ocho— Miró su reloj de plata —Debería irme ya—

—Deberías traerla a cenar esta semana.

—No lo dudes— Se puso su chaqueta, empezaron a caer gotas de lluvia sobre su nariz, me miró y recordó algo —No se te olvide que debes estar listo para el lunes, así que ve resolviendo cosas que debes hacer antes de irte, yo ya le he enviado la carta al colegio de que este año escolar no estaré presente, haz lo mismo.

—Está bien, no se me va a olvidar.

Mi mente estaba a mil, caían sobre mi pensamientos repentinos, como caía del cielo sobre mi techo gotas gordas.

Los truenos y los rayos no cesaron, destrozaban al cielo y mis ganas de dormir se despejaron.

Vi el reloj y eran las tres de la mañana, Helga dormía con el ceño fruncido, balbuceaba.

Me levanté de la cama con sigilo y un susurro somnoliento se arrastró por la sabana.

—¿Dónde vas?

—A la cocina.

Los truenos iluminaban la casa, pasaba por la habitación de la bebé, estaba la ventana abierta y una corriente de aire frío se escabullía, la cerré.

Un rayo cayó y retumbó la casa.

La cuna se movía, pero Ana no despertó.

Caminé como sombra por la sala y un relampago intruso saltó por la ventana.

Una figura se reveló en la oscuridad en ese pequeño instante de claridad.

Mi corazón se paralizó, alguien estaba dentro de la casa.

Me miraba fijamente, pero no diferenciaba bien que era.

Un segundo trueno iluminó mi visión y era mi reflejo, me acosaba.

Ilusión tal vez, juré haber visto una sonrisa en él, encendí la luz para aclarar mis dudas y al final era solo yo detrás del espejo.

Me acerqué.

Me vi.

—Hay algo raro en ti.

Dije a mi reflejo.

Sus ojos ocultaban algo, algo sabía mi mirada que no sabía mi mente.

La electricidad se cortó, algó explotó afuera en la calle, algún rayo habrá impactado algún transformador.

Pero antes de que el bombillo se apagó, mi reflejo me sonrió.

Nos volveremos a encontrar

Como decía aquella desgarradora canción anglosajona, well meet again.

Solo podía aferrarme a la esperanza de que volvería antes de que me diese cuenta, lo esperaba por minuto, una eternidad de sufrimiento, cuanto te extraño, cuanto lo siento.

Leo tenía que irse a la guerra, aún yo rogando que no me dejase sola, aún escuchando mis llantos en las madrugadas, aún viendo la sonrisa de su hija recién nacida, no comprendía por qué me abandonaba, una mala sensación me invadía, en ese momento supe que sería la última vez que lo vería vivo.

—Tu no eres un soldado Leonidas—Derramaba lágrimas en su pecho.

—Pero puedo agarrar un arma.—Me tocaba el pelo, por última vez.

—¿ACASÓ NO VES QUE TE NECESITAMOS AQUÍ? ¡YO TE NECESITO! ¿POR QUÉ ME ABANDONAS A MI, POR QUÉ ABANDONAS A TU HIJA? —Le daba golpes cansados, la tristeza me hacía temblar.

Lloré frente a todos, pero casi todas lloraban por sus parejas, no me dio vergüenza pero sí una terrible tristeza.

Él me miró con esa misma mirada de siempre...

Como me miraba en nuestros primeros días viviendo juntos, cuando le reclamaba, como me miraba cuando las cosas andaban mal, pero él quería darme confianza.

¿Por qué no lloraste cuando me abandonaste?

Sí lloré, dentro de mí, pero haberme desplomado frente tuya solo iba a hacerte desplomar a ti...

¿Por qué te fuiste?

Para ti.

Te necesitaba aquí...

—Suban, suban— Decía un hombre con una voz acatarrada, apagada, intentaba ocultar la pena.

—Quiero ver a Ana antes de irme.

Mi madre se la pasó.

El la miró a los ojos, ella lo miraba, duró un minuto, minuto eterno...

—¿Es cierto que recuerdas sus ojos?

—Sí, los recuerdo, son mi primera memoria— Dijo Ana mientras consolaba mi llanto en el aniversario número 4 de su partida.

Leonidas le dio un beso en la frente y ella le agarró la nariz puntiaguda.

—Volveré pronto bebé, volveré pronto.

No olvidaré ese día, no olvidaré el temblor de piernas, la cara de mi madre aguantándose las lágrimas, mi reflejo en la ventana del autobus, sobre su reflejo.

—Adiós— Dijo mi madre, sacando fuerzas para al menos darle fuerzas en la despedida, ondeó su sombrero cuando marchó el bus.

Nuestras miradas se apartaban, pero podía sentirla, seguí al bus con mi mirada hasta que se volvió un puntito lejano.

—Volverá— Dijo mi madre, acariciaba mi pelo —Volverá.

Tapiz rojo, puerta cerrada.

El reloj marca las doce antes de derretirse sobre él.

Mil años no eran suficientes.

La puerta celestial estaba abierta, pero no se atrevía a cruzarla.

Eternidad vanal

El Final Nunca Es El Final

Dimos nuestros primeros pasos en ese valle, repleto de flores, repleto de mariposas, un sol brillante pero que no quemaba, sentía un dejavú en cada paso que daba.

—Tenemos horas caminando y no nos han dado ordenes de montar campamento—Dijo Kelvin malhumorado.

—Me hubiera gustado haber montado el campamento aquí, increíble lugar.

Duramos unos minutos en silencio.

—¿Por qué siempre haces eso?

—¿El qué?—Pregunté.

—Esos comentarios tan poco acordes a la situación

—Estamos en guerra, pero seguimos vivos ¿no?

—No sé si pueda llamar a esto vida.

—Sea como sea, es un lindo prado.

Caminabamos hacia el sol, memorias doradas de mi vida en la tierra, juré llevar a Helga y a Ana a ese prado cuando la guerra acabara.